



ENEMIGOS
intimmos

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

ENEMIGOS ÍNTIMOS

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.
Solo para mayores de 18 años.

UNO

LIDIA

*B*anana banana banana banana banana...

Estaba tecleando en el ordenador la misma palabra, una y otra vez.

Era viernes por la tarde. Las cuatro y media, para ser exactos, y me quedaba solo media hora para poder salir de la oficina gris, de mi cubículo gris y de mi semana gris.

Media hora exacta para el fin de semana y la libertad.

Seguí tecleando “banana” sin parar en un documento en blanco en el ordenador, para parecer ocupada, mientras miraba fijamente el reloj de la esquina de la pantalla.

Todo esto mientras fruncía ligeramente el ceño, para que pareciese que estaba concentrada y/o pensando.

Normalmente funcionaba: detrás de mi cubículo no tenía a nadie, estaba la pared, y el resto de mis compañeros —y el jefe de departamento, cuando le daba por asomar la cabeza— creían que estaba súper ocupada.

El caso es que había terminado mi trabajo hacía veinte minutos, y no quería que nadie se diese cuenta para que no me cayese otro marrón a las —volví a mirar el reloj— 16:33 de un viernes por la tarde.

Estaba pensando en lo que me iba a poner aquella noche: había quedado con un grupo de amigos en el pub de siempre, y mi amiga Mónica iba a traer a su novio y al hermano de su novio, que era un tipo súper macizorro quien mi amiga juraba y perjuraba que era mi tipo. Lo iba a llevar aquella tarde específicamente para mí. No le conocía de nada, pero había cotilleado su Instagram y *oh dios*. Quería conocerle. Intelectualmente y carnalmente. ¿Tenía el vestido negro limpio? Y si estaba limpio, ¿me daría tiempo a plancharlo?

—Vaya vaya Lidia, siempre pensando en lo mismo...

La voz me sobresaltó y di un respingo en mi silla. Pero lo peor no era la voz, lo peor era que la voz pertenecía a alguien que estaba justo a mi lado, enfrente de mi ordenador. Mirando mi pantalla, para ser más exactos, y lo que había estado tecleando en ella.

¡Joder joder joder!

Cerré el documento a toda velocidad. Lo que pasa es que me salió la ventana de “¿desea guardar este documento antes de cerrarlo?” y detrás de la ventana con la pregunta se podía leer la página llena de “bananas”.

Pillada.

Pulsé “no” y me giré hacia el dueño de la voz.

El imbécil de Tom estaba a mi izquierda, mirando mi pantalla con una sonrisilla. Me daba

rabia que me hubieran pillado, pero que hubiese sido Tom era lo que más rabia me daba.

—¿Qué quieres? —dije, todo lo bordemente que pude.

Acto seguido, dejó un archivador inmenso encima de mi escritorio, al lado de mi ordenador. Lo soltó desde veinte centímetros de alto. Sonó “plaf” al aterrizar en mi mesa.

Lo miré con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué es eso? —pregunté, con miedo.

—Eso, querida Lidia —respondió el tipo, con sorna—, es la nueva campaña de marketing. Acabo de salir de una reunión con el jefe-jefe y el jefe, además del subjefe, y no les ha gustado ninguna de las propuestas. Quieren que le “demos una vuelta” —hizo las comillas con los dedos, cómo lo odiaba— al proyecto para la reunión del lunes a las ocho de la mañana.

Le observé fijamente. A pesar de que me había pillado haciendo como que trabajaba, y que nos despreciábamos mutuamente, no parecía especialmente feliz.

—Estás de broma. Dime que estás de broma.

Me miró, suspiró y se pasó una mano por el pelo color chocolate.

—Ni yo bromearía con esto un viernes por la tarde. No soy tan cruel.

No estaba tan segura. Era un crío y un inconsciente dispuesto a hacerme putadas a la primera de cambio. Y no me caía bien. No me había caído bien desde el minuto uno. Era el típico guaperas que se lo tenía súper creído, tenía a todo el departamento detrás, iba diciéndole a las compañeras de oficina lo guapas que habían ido ese día o qué se habían hecho en el pelo, mientras se deshacían en risitas. No en plan baboso, tampoco, sino en plan pelota. Era una de esas personas que se empeñan en caerle bien a todo el mundo, o si no no duermen por las noches.

Un *bienqueda*.

Puaj.

Bueno, maticemos: se esforzaba en caerle bien a todo el mundo menos a mí. No sé si era porque la hostilidad me salía por los poros, pero a mí nunca me había halagado nada ni dicho ni una sola palabra amable ni felicitado por mi cumpleaños ni dado los buenos días. Me hablaba, sí, pero solo cuando era imprescindible. Y con pullas.

También tengo que decir que quizás fuese yo la primera que empezó a hablarle con pullas. Daba igual: nuestra enemistad era tan antigua que ninguno de los dos sabía cómo había empezado.

MIRÉ el archivados encima de mi mesa como si fuese una serpiente pitón. De repente toda mi tarde empezó a pasar delante de mis ojos: mis amigos divirtiéndose sin mí, el macizorro de Instagram liándose con mi otra amiga soltera...

Estaba desolada.

Encima, ni me acordaba de qué proyecto era. Abrí el archivador para ver la primera página, donde estaba toda la información. Lo miré por encima y efectivamente, no era uno de mis proyectos. Ni idea de qué iba. Lo había hecho Tom junto con George.

—Este proyecto no es mío, es tuyo y de George —dije, con retintín.

—Ya, pero George tiene gripe y te han asignado a ti al proyecto. Acabo de salir de la reunión. O sea, que nos toca hacerlo juntos. No te creas que me hace gracia quedarme aquí currando. Tenía planes.

—Yo tampoco quiero quedarme aquí un viernes por la noche a arreglar vuestros marrones.

—No hay que arreglar nada. La propuesta es excelente, pero Mr. Sherman la ha echado para atrás porque no es lo que buscaba.

—Joder, ¿y no hay nadie más para sustituir a George? ¿Tengo que ser yo?

Me dedicó una sonrisa cruel.

—Créeme, eres la última persona que habría elegido para quedarme a trabajar un viernes por la tarde —dijo. Bueno, *pues perdona por nacer*, pensé. Menos ganas todavía tenía yo de quedarme allí a verle la cara—. Pero como no tenemos familias o críos pequeños estamos fuera del grupo de conciliación familiar, así que nos toca pringar.

No tendría familia pero sí tenía un maromo esperándome en un bar y una sequía que duraba meses... ¿eso no contaba para nada?

No sabía si llorar o gritar. No sabía si cortarme las venas o dejármelas largas. Me quería ir a casa, me quería ir a casaaaa...

Tom suspiró y volvió a coger el mega archivador a reventar de papeles.

—Voy a llevar esto a la sala de reuniones. Cuando termines de teclear tus *bananas*, coges el portátil y vienes. Te espero allí.

¡Nooooooooo...! No no no no no. Agaché la cabeza y me golpeé la frente ligeramente contra el escritorio. Me quería ir me quería ir me quería ir, no quería quedarme un viernes por la tarde en la oficina, odiaba el mundo. Pero tampoco quería quedarme en paro, así que no tenía más remedio que aguantarme.

Y George no tenía gripe, no sé a quién pretendía engañar. Era famoso por cogerse los viernes por la tarde libres con excusas para ir a jugar al golf.

Estaba rodeada de idiotas incompetentes.

Le puse un mensaje a Mónica para contarle mis penas, con muchos emoticonos llorosos, avisando de que llegaría tarde. Eso sí llegaba. Me daba la impresión de que no iba a ir esa noche al pub a conocer al macizorro de su cuñado, ni a ningún sitio.

Me sonó el teléfono en la mano.

Lo descolgué.

—Estás de coña —dijo Mónica en mi oreja.

Suspiré.

—Ojalá.

—¿Sabes lo que me ha costado arrastrar a Kevin para que ahora no te presentes?

Supuse que Kevin era el nombre del tipo.

—No puedo hacer nada, Mónica... me han secuestrado —dije, medio lloriqueando—. Si no me quedo, pierdo el curro. No es que tenga más opciones.

La oí bufar al otro lado del teléfono.

—Bueno, tú inténtalo de todas formas. Si es a las diez, a las diez... es mejor un rato que nada. De verdad que tienes que conocer a este tío, te vas a enamorar al instante.

No quería enamorarme al instante. Quería sentir una atracción física al instante. Cosa que ya había sentido viendo sus fotos, por otra parte. A no ser que midiese 1,50 o fuese un cretino, la cosa estaba adjudicada.

Mi sequía duraba ya tanto tiempo —había perdido la cuenta de los meses— que seguramente tuviese hasta telarañas.

DOS

LIDIA

Me lancé al trabajo como si me hubiesen prometido un Ferrari o algo. Pero daba igual lo rápido que trabajásemos. Aquello era una burrada de curro. Era reformular una campaña que había tardado más de dos semanas en hacerse, en una tarde.

Ni de coña. Íbamos a tener que trabajar también el sábado y el domingo, como si lo viera.

Pasamos la primera media hora casi en silencio, mientras veíamos a través del cristal de la sala de reuniones cómo la oficina se iba vaciando.

La gente apagaba el ordenador, cogían sus cosas y salían corriendo como si les persiguiera el diablo.

Genial.

Tenía ganas de llorar.

Estaba viendo a la gente huir cual comadreja para disfrutar de su fin de semana —¡bastardos! — cuando Tom se dignó dirigirse a mí.

—Si nos damos prisa, igual podemos sacar algo en un par de horas y a las ocho estar fuera de aquí.

Me giré para mirarle. Increíble.

—¿Estás colgado? ¿Sabes la de curro que lleva esto? Vamos a estar aquí todo el fin de semana pringando.

Levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Eh, menos hostilidad, que tengo las mismas ganas que tú de estar aquí encerrado. Igual hasta menos.

Le miré con ojos entrecerrados.

—Menos es *imposible*.

Volví a mis papeles, pensando: *imbécil*. Si hubiese hecho bien su trabajo desde el principio, ahora yo también estaría saliendo por la puerta como alma que lleva el diablo.

Cada vez me caía peor.

* * *

A MEDIDA que el tiempo y la tarde avanzaban, una cosa estaba clara: no podíamos seguir trabajando separados. Necesitábamos poner las ideas en común, discutir *cosas*, y trabajando cada

uno en lo nuestro no íbamos a llegar a ninguna parte.

La verdad es que tenía que reconocer —aunque me costase y no quisiera— que Tom tenía razón, la propuesta de publicidad estaba bastante bien, pero bueno, si a los jefazos no les gustaba, pues no les gustaba. Seguro que ellos estaban ya disfrutando del fin de semana y ni se acordaban de que habían dejado a esclavos trabajando en la oficina.

Suspiré y me recogí el pelo en una coleta con la mano. Miré a Tom de reojo.

—Vamos a tener que trabajar juntos —dije, con el mismo tono con que le diría “nos quedan tres días de vida”.

—Por favor, tanto entusiasmo me abrumba.

Idiota.

Decidí pasar de las pullas verbales, porque la verdad, ni tenía tiempo ni ganas.

—Iremos más rápido.

Me miró durante uno segundos y suspiró, resignado.

—Supongo que tienes razón.

Iba a decir algo cortante sobre Tom dándome la razón y marcar el día en rojo en el calendario, pero no tenía ganas de desperdiciar mi poca energía en pensar en cosas hirientes que decir, la verdad.

Cuanto menos hablásemos, mejor.

* * *

LA HORA de cenar llegó y allí seguíamos, con la mesa llena de papeles y desesperación. A aquellas alturas ya nos habíamos resignado a pasar allí lo que quedaba de viernes, y probablemente tuviésemos que volver también el sábado.

Tom se había acercado a un restaurante asiático a por comida porque decía que quería estirar las piernas. Le vi entrar por la puerta, con una bolsa de plástico blanca en cada mano.

Me tendió mi bolsa. Empecé a poner servilletas de papel encima de la mesa, haciendo un mini mantel, para no manchar nada.

—¿Eres vegana? —me preguntó, cuando saqué mis cajas de cartón con comida de la bolsa.

Teniendo en cuenta que había pedido el menú vegano, no hacía falta ser un lumbreras.

—¿Algún problema? —pregunté, esperando una de las cien mil cosas que la gente dice cuando se enteran de que soy vegana. Como si fuese extraterrestre.

—¿No comes carne, entonces? —insistió, como si hubiese veganos que comiesen carne.

Sonreí y batí las pestañas un par de veces

—No de animal.

Se le cayeron los palillos a la mesa.

MIENTRAS COMÍA APROVECHÉ para mirar mi Whatsapp. Cuatrocientos mensajes de Mónica que no tenía tiempo de leer, pero me quedé con una foto que me había enviado. La foto era de Kevin, el tipo que me iba a presentar, y en el pie de foto ponía MIRA LO QUE ESTÁS PERDIENDO!!!!

Así, en mayúsculas. Como si hubiese sido decisión mía

Observé al tipo que salía en la foto. Detenidamente. Podía contar los músculos de sus brazos. Tenía el pelo color miel y se le formaban unos hoyuelos al sonreír. Por supuesto, la sonrisa era

con dientes blancos y perfectamente alineados. Una sonrisa de anuncio.

No se apreciaba el color de los ojos en la foto, estaban en el bar de siempre y no es que tuviese una iluminación perfecta. Aunque el color de ojos no es que fuera muy importante, tampoco.

Estaba haciendo pucheros mirando el móvil encima de la mesa, a punto de llorar sobre mis *noodles* veganos, cuando Tom me lo cogió con un movimiento rápido.

—¡Eh!

Se puso a escrutar la foto.

—¿Quién es este?

Me levanté a recuperar mi móvil.

—Dame el móvil.

—“Mira lo que te estás perdiendooooo” —leyó el mensaje de Mónica, incluyendo las oes.

—¿De qué vas, cotilleándome el móvil? ¡Devuélvemelo ahora mismo!

Eso hizo, sonriendo ligeramente.

—No creas que eres la única que se está perdiendo algo —cogió su propio móvil y después de trastear durante unos segundos me enseñó la foto de una tipa. En realidad no se le veía la cara, era solo la foto de un escote y un trozo de barbilla.

—Esta es Lucy —dijo. Pues muy bien, como si me importara—. Era mi cita de Tinder de hoy.

Ya, claro. Volví a coger mi cartón de *noodles* y no pude evitar picarle un poco.

—¿Estás seguro? —dije, con una sonrisilla—. ¿Estás seguro de que no es una foto que acabas de bajarte de internet?

Se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta mientras sonreía lentamente.

De repente, fijándome en su sonrisa, me pasó una cosa inquietante: me di cuenta de lo atractivo que era. El maldito.

Me di cuenta también de que su sonrisa me provocaba efectos físicos que no quería analizar, así que bajé la mirada a mis *noodles* y me concentré en comérmelos.

TRES

TOM

—*N*o, no, no y no —dijo Lidia.

Me pasé la mano por el pelo, agobiado. Hacía horas que me había quitado la chaqueta y estaba en camisa, con las mangas recogidas hasta el codo.

Estaba agobiado, exasperado y acalorado.

—¿No sabes decir otra cosa que no sea no?

Lidia me miró, con el ceño fruncido.

—*No*.

Ella también se había quitado la chaqueta y estaba en blusa, una blusa que, sinceramente, no me parecía adecuada para la oficina. Más que nada porque cada vez que se inclinaba hacia adelante podía verle el escote, parte del sujetador color mandarina y, si me descuidaba, hasta el ombligo.

Así no había quien se concentrase.

Llevábamos allí muchas horas, demasiadas, intentando sacar aquella mierda de proyecto antes del lunes, y se me estaban bajando las defensas.

—Lidia —respiré hondo y conseguí desviar la mirada hacia sus ojos y olvidarme de su escote. Eso hasta que cruzó los brazos sobre él, desafiante. *Dios, ayúdame*—. Lidia, tenemos que avanzar.

—Mis ideas son mejores que las tuyas —dijo, testaruda.

Asentí con la cabeza.

—Es probable. Pero no tenemos tiempo de hacer un trabajo excelente. Cogemos la primera idea que se nos ocurra, sea de quien sea, y andando. Porque si no vamos a tener que quedarnos a dormir aquí.

Se quedó pensativa y se mordió el labio. No pude evitar desviar la vista hacia los dientes blancos mordisqueando aquel labio inferior grueso... lo que me llevó a pensar cómo sería mordisquear *yo* ese labio inferior grueso... lo que me llevó a pensar si de verdad sería tan malo pasarnos allí todo el fin de semana.

Basta. *A ver, Tom, céntrate*.

Le di un trago a mi taza de café negro, para despejarme.

—¿Qué te parece si hacemos una tregua? —dije—. No discusiones, no pullas, no estar a la defensiva. Todo sea por salir de aquí.

Lidia me miró con desconfianza, y no me extrañaba. Luego suspiró, y eso hizo que me fijara de nuevo en su escote.

Maldición.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Muy bien, una tregua.

Ahora solo me quedaba respetarla...

ME PASABA una cosa curiosa con Lidia. Me caía mal —no era exactamente que me cayese mal *mal*, pero tampoco me caía bien— pero no sabía explicar por qué.

La principal razón era que *yo* no le caía bien, y eso no podía soportarlo. Era un buen tipo. Le caía bien a todo el mundo. O eso intentaba.

Pero con Lidia, no sé qué me pasaba: sacaba lo peor de mí. No podía evitar ser sarcástico, lanzarle pullas, meterme con ella.

Una parte de mí —una parte muy, muy en el fondo de mi cerebro— no quería reconocer que era porque la encontraba atractiva. *Muy* atractiva. Tanto que me costaba concentrarme cuando estaba alrededor.

Así que la única manera de mantener las distancias era... no caerle bien. Sonaba retorcido, pero dentro de mi cabeza tenía sentido.

A pesar de todo, cada vez me costaba más mantener la compostura: no podía evitar mirarle el culo dentro de la falda de tubo ceñida cada vez que pasaba delante de mí, o el pelo castaño con reflejos dorados que le caía en ondas sobre los hombros, o los ojos color miel enormes, como los de un ciervo...

Basta.

Suspiré. Al menos no me quedaba mucho de tortura. Eran ya las diez de la noche, y habíamos decidido darnos un par de horas más antes de dejarlo y seguir al día siguiente —sábado— por la mañana.

Lidia echó la cabeza hacia atrás para darle un trago a su lata de coca cola. No pude evitar fijarme en su cuello desnudo, blanco y largo...

No: definitivamente, la tregua no había sido una buena idea. Había bajado las defensas, me había relajado y eso era todavía peor que antes. Si era sincero, casi prefería cuando nos lanzábamos pullas. Al menos eso me mantenía alerta.

No podía dejar de fijarme en ella, en los pequeños gestos, en la curva de su cuello, en sus labios gruesos, y no podía concentrarme.

No podía concentrarme en absoluto.

CUATRO

LIDIA

Tom se acercó y me puso otra lata de coca cola al lado del ordenador. Había decidido que iba a ser la última, porque si no esa noche no iba a dormir. Volvió a sentarse en su silla.

—No estuviste en la cena de Navidad —dijo, mientras abría su propia lata.

Aparté la vista del ordenador, cogí mi coca cola, la abrí y pegué un trago antes de responder.

¿A qué venía eso ahora? Estábamos a finales de febrero. Además, a la cena de Navidad iban todos los trabajadores de la empresa, no solo los de nuestra planta. Éramos un montón de gente. ¿Cómo sabía que no había ido?

—Tenía gripe —dije. Esa era la excusa que había puesto, ¿verdad? Esperaba que sí. En ese momento no me acordaba, me había pillado totalmente desprevenida.

—¿Gripe? —preguntó, con sorna—. ¿Como la de los viernes por la tarde de George?

No pude evitarlo y solté una carcajada.

—Si te soy sincera, ni me acuerdo... —le miré un momento. Era menos imbécil de lo que siempre me había parecido. Por lo menos era fácil hablar con él. Si me descuidaba, podía incluso llegar a caerme bien—. ¿Te puedo contar algo? Pero que no salga de aquí...

Se puso la mano en el corazón.

—Tu secreto está a salvo conmigo. Dispara.

Elevé los ojos al cielo.

—No es un secreto, tampoco... pero suelo evitar las cenas de Navidad por sistema. Creo que solo he ido a una en mi vida, en mi primer trabajo.

—¿Y eso?

—Por el mismo motivo que evito Tinder: para evitar desastres.

Levantó las cejas.

—¿Desastres?

—Mezclar alcohol, trabajo y la cercanía de fin de año no es la mejor idea del mundo. ¿No te has dado cuenta de que siempre hay dramas en la oficina las dos primeras semanas del año? Todo por culpa de la cena de Navidad.

Tom bebió de su lata, pensativo. Me fijé en la columna de su cuello mientras bebía, en el botón de la camisa que tenía desabrochado —se había quitado la corbata hacía horas—. En los antebrazos musculosos que las mangas recogidas de la camisa dejaban al descubierto...

Céntrate, Lidia.

Decidí hacerle la pregunta que lleva un rato dándome vueltas en el cerebro.

—¿Cómo sabes que no fui a la cena de Navidad? Con toda la gente que hay...

Me miró sonriendo y esta vez no pude descifrar ni la mirada ni la sonrisa. Solo sé que cada vez que sonreía mi estómago hacía cosas raras. Podría decir que me provocaba mariposas en el estómago, pero no quería ser cursi.

Esperaba que no fuese indigestión.

—Porque te estuve buscando.

El hueco de mi estómago se hizo más grande. No quería preguntarle por la razón para no entrar en terreno pantanoso, por si acaso, así que aparté la vista e hice como que colocaba los papeles de encima de la mesa.

—Fue una cena súper aburrida. Tenía la esperanza de entretenerme metiéndome contigo, pero me dijeron que no habías ido porque tenías gripe —dijo por fin Tom, como explicando lo anterior.

Hum. Decidí no decir nada. No sabía si lo que acababa de decir era verdad, pero lo que sí sabía era que al final se había acabado *entreteniendo* con Marissa de Marketing.

O ese era el rumor que circulaba.

Que no es que me importasen los rumores relacionados con Tom, pero una no podía escapar a los cotilleos de la oficina ni aunque quisiera. Los corrillos que se formaban en la máquina de café eran peores que muchos programas de televisión.

MI TELÉFONO VIBRÓ ENCIMA de la mesa, con un mensaje de Mónica. Hacía ya un buen rato que no me enviaba nada, así que lo abrí. Era una foto de mi amiga Carla, que también estaba desparejada, como yo, comiéndole la cara al macizo de Kevin.

Solté una carcajada. Sinceramente, a aquellas horas ya se me había pasado el berrinche, y ya que yo no iba a aprovechar al buenorro por lo menos que alguien lo hiciese.

Tom me miró levantando una ceja, con cara de interrogación, así que le di la vuelta al móvil para que pudiese ver la foto.

—No parece que te lo hayas tomado mal —dijo.

Me encogí de hombros.

—Todo queda en casa.

—Si te sirve de consuelo, yo también me he quedado sin mi cita... y había invertido dos días chateando con ella.

—¡*Guau!* —dije, abriendo mucho los ojos—. ¿Dos días *enteros*?

Sonrió a su pesar.

—No me gusta estar un mes chateando para luego decepcionarme en cinco minutos. Cuanto más rápido pueda conocer a alguien en persona, mejor... por cierto, ¿cuál es tu nombre de usuario en Tinder?

—No estoy en Tinder —se lo había dicho antes, pero bueno.

Levantó las cejas.

—Igual eres la única persona soltera del mundo que no lo está.

Me encogí de hombros.

—Prefiero el método tradicional, si te soy sincera.

—¿El método tradicional?

Me recliné en la silla.

—Que alguien me presente a alguien. O conocer a alguien en un bar, o en... —*el trabajo*, iba a decir, pero no quería meterme en terreno pantanoso— ...otros sitios. En persona, a poder ser.

Tom me miró sonriendo antes de tomar un sorbo de café. No sé por qué, pero tenía la

sensación de que me había leído el pensamiento...

CINCO

LIDIA

Tom se inclinó sobre mi hombro para mirar conmigo la pantalla del ordenador y me llegó una ráfaga del olor de su aftershave. Le miré de reojo y pude apreciar su mandíbula cuadrada, la sombra de barba que ya empezaba a aparecer. Estaba muy cerca. Y no estaba mal. *Nada mal.*

Me daba rabia reconocerlo porque me caía gordo, pero era un hecho: los ojos azules o grises —dependía de la luz—, y las arruguitas que se le formaban en el borde cuando sonreía. El labio inferior, grueso y mordible. El pelo color chocolate que se le rizaba un poco en la nuca. Los brazos... había que reconocer que el traje le quedaba más que bien, pero cualquiera tenía buena pinta en traje. No era ningún mérito. Pero al quitarse la chaqueta y quedarse en camisa... había sido todo un descubrimiento. Las hombros anchos y los músculos de los brazos eran más que evidentes.

Eso sin contar que le había echado un par de vistazos disimulados a cómo le quedaban los pantalones por detrás y le hacían un culo estupendo.

Empecé a sudar.

—Mira, si ponemos esto aquí... —dijo, cogiendo mi ratón y moviendo los elementos del programa de diseño.

Estaba demasiado cerca. Estaba demasiado cerca, era demasiado comestible y yo estaba demasiado necesitada.

—¿Es verdad que te liaste con Marissa de Marketing y luego no la llamaste? —pregunté, sin venir a cuento, y sin poder evitarlo, como si no tuviese control sobre lo que salía de mi boca.

No sabía de dónde había salido aquello.

Tom giró la cara para mirarme y fue cuando se dio cuenta de lo pegados que estábamos. Los ojos se le veían ahora azul oscuro. Se me quedó mirando los labios un segundo, luego se enderezó y carraspeó.

—No. Quiero decir, sí. O sea, no —se pasó la mano por el pelo. Le miré con curiosidad. ¿Estaba nervioso? ¿Nervioso él? *Mmmm*, interesante.

—¿Es *sí* o *no*?

Me miró como si tuviese miedo de hablar, por si acaso metía la pata.

—No. Fue solo una noche —levanté las cejas—. Una noche que salimos a cenar, nada más. No pasó nada más. Y no fue una buena idea, por cierto.

—¿Por qué?

No sabía decir por qué tenía curiosidad, pero la tenía.

—No éramos compatibles, lo pasamos fatal en la cena, nos aburrimos ambos, y luego encima teníamos que seguir viéndonos en el trabajo. No es muy inteligente liarse con alguien del trabajo: tiene muchas posibilidades de salir mal y luego tienes a la otra persona en la cara todos los días. No tienes salida.

Ladeé la cabeza.

—¿Tiene muchas posibilidades de salir mal?

—Seamos serios. ¿Cuántas de las relaciones que has tenido han acabado bien, o amigablemente?

Me quedé mirando al infinito, intentando encontrar alguna en la pila de desastres que eran mis relaciones.

—Pues eso —dijo Tom, interpretando mi silencio.

Tenía razón, el maldito: la mayoría de mis relaciones/rollos acababan en *ghosting*, con la otra persona desapareciendo sin dejar rastro.

¿Era yo, o eran malos tiempos para el romanticismo?

A no ser que el romanticismo se dejase a un lado. *Hum*. Era una idea a considerar.

Observé de nuevo los antebrazos musculosos de Tom.

—Igual el error es intentar tener una relación en el trabajo. Igual lo mejor sería dejarlo en sexo salvaje, sudoroso, rápido y sin compromiso.

Dije. En. Voz. Alta. Eso fue lo que salió de mi boca, mientras le miraba a Tom los músculos del antebrazo. ¿Por qué, por qué no me funcionaba el filtro mente/cuerdas vocales? ¿Era la hora, la desesperación?

Tardé unos segundos en darme cuenta de que lo había dicho en voz alta en vez de pensarlo, y me di cuenta sobre todo porque de repente se había hecho un silencio absoluto.

—¿Qué? —preguntó Tom, con tono de “debo haber oído mal”.

Me giré hacia él. Tenía la cara cerca de la mía, muy cerca, los ojos brillantes, y mi mirada se desvió sin querer a su labio inferior grueso...

Lidia, deja de mirarle los labios por el amor de dios.

Le miré a la cara.

—¿Qué de qué? —fue mi brillante respuesta.

TOM

JODER JODER JODER JODER.

La cara de Lidia estaba a dos palmos de la mía. El pecho le subía y bajaba con la respiración.

La situación estaba a punto de írseme de las manos, lo veía, lo estaba viendo.

—¿Has dicho que...? —tragué saliva. Calma, campeón—. ¿Has dicho que *lo mejor sería dejarlo en sexo salvaje, sudoroso, rápido y sin compromiso?*

Me acordaba de sus palabra exactas, porque las tenía grabadas a fuego en mi mente. No había oído mal. O eso esperaba. Mi imaginación solía jugarme malas pasadas, pero no hasta ese punto.

—S-sí... o sea, no sé... es una idea, ¿no?

Se levantó de la silla, nerviosa, y estuvo a punto de tirarla. Estaba de pie, de espaldas a mí, todavía mirando la pantalla del ordenador.

Algo me decía que aquella noche ya no íbamos a trabajar más.

Estábamos tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su piel. Me pegué todavía más a ella por detrás, mi pecho contra su espalda... sabía que tenía que estar notando mi erección, pero

no podía evitarlo.

Se había hecho una coleta hacía un rato porque el pelo se le caía a la cara constantemente. Rocé su cuello desnudo con los labios... No sabía si era su perfume, el champú o lo que fuese, pero el olor se me estaba subiendo a la cabeza.

Lidia se me estaba subiendo a la cabeza.

Subí los labios por el cuello para morderle suavemente el lóbulo de la oreja, mientras notaba su pecho subir y bajar con la respiración acelerada. Puse las manos en su cintura.

—Lidia... —dije, con los labios en su cuello, mi aliento caliente rozándole el lóbulo de la oreja.

—¿Qué? —preguntó, con voz estrangulada.

Moví la cabeza a uno y otro lado.

—Esto va a acabar muy mal.

Le deshice la coleta y el pelo castaño le cayó en cascada sobre los hombros. Olía a coco. Esa fue la gota que colmó el vaso. ¿Por qué, por qué tenía que olerle el pelo a coco?

Llevaba toda la tarde y toda la noche resistiéndome a su perfume, a su escote, a sus piernas, y de repente algo se desató dentro de mí, como si se rompiera una cuerda que se hubiera tensado demasiado. O la presa de un pantano.

Señor, ayúdame, pensé, y un microsegundo más tarde estaba levantándole la falda, desesperado. Le subí la apretada falda de tubo hasta la cintura, Lidia apoyó las manos en el escritorio, y empecé a verlo todo rojo.

—Todos los días en la oficina... viendo cómo se mueve tu culo apretado dentro de tu falda...

Miré los dos globos, perfectos, con la tira del tanga en medio, y tuve miedo de correrme dentro de los pantalones sin hacer nada más, como si fuera un quinceañero.

Sin saber lo que hacía, el control totalmente perdido, dejé caer la palma de mi mano sobre una de sus nalgas.

La palmada resonó en el silencio de la oficina desierta.

—¡Ah! —salió de la boca de Lidia.

Oh dios, ¿qué había hecho? No había pedido permiso, no había preguntado...

Antes de saber lo que estaba haciendo repetí el gesto una y otra vez, y para cuando me di cuenta la estaba azotando, encima del escritorio, las nalgas enrojecidas donde habían hecho contacto con mi mano.

Aunque si los gemidos desgarradores de Lidia que inundan la sala de reuniones servían como pista, no parecía que me hubiese equivocado.

Tenía la polla al rojo vivo, tan dura que me hacía daño la cremallera de los pantalones.

Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—¿Qué haces?

—Pensé que era obvio.

Se mojó los labios.

—Quiero decir, ¿qué haces perdiendo el tiempo?

Cerré los ojos un instante. En aquel momento podía haber batido el récord mundial de bajarme la cremallera del pantalón en el menor tiempo posible, pero mucho me temía que si no me calmaba un poco iba a correrme en treinta segundos. O diez. Vamos, seguramente al rozarme con la cremallera.

Respiré hondo pero no sirvió para calmarme mucho. Prueba de ello es que metí dos dedos por debajo del tanga color melocotón y tiré de él, rompiéndolo. Luego, con los mismos dos dedos, avancé hasta la entrada de su coño y la encontré chorreando, caliente, totalmente resbaladiza.

Le metí los dedos, largos, empezó a gemir de nuevo, tiró alguno de los papeles de encima de la mesa con las manos al intentar agarrarse a la mesa...

Seguí metiendo y sacando los dedos una y otra vez en su coño caliente y prieto mientras veía su culo moverse... no podía más. Tenía que follármela ya, pero no podía ser en esa posición porque no iba aguantar ni un nanosegundo.

SEIS

LIDIA

Tom sacó los dedos de dentro de mí y emití un gemido de protesta. *Oh dios.*

No sabía si era la hora, el cansancio o la sequía, pero aquello me pareció lo más erótico que me había pasado en la vida.

Probablemente lo fuese.

Era como si de repente todas mis fantasías de las últimas horas —las que no quería reconocer ni ante mí misma— se hubieran hecho realidad.

Tom me dio la vuelta y me subió encima de la mesa, cogiéndome de la cintura. Me separó las piernas, acariciándome el interior de los muslos con sus manos.

Tenía los ojos oscurecidos y el pelo revuelto, como si estuviese a punto de perder el control o ya lo hubiese perdido. Teniendo en cuenta en el estado en el que estaba mi tanga —totalmente mojado y roto, en el suelo— era una pregunta estúpida.

Me alegró saber que no era la única afectada. Aún así, sentí la necesidad de poner los puntos sobre las *ies*.

—Esto no cambia nada —dije, mientras me desabrochaba la blusa y dejaba al descubierto mi sujetador de encaje color coral.

—No cambia absolutamente nada —dijo él, poniendo las manos sobre mis pechos, los pulgares encima de los pezones cubiertos por el sujetador.

—No te aguanto—. Le bajé la cremallera del pantalón de traje. Metí la mano por dentro y le agarré, *oh dios*, estaba duro y caliente y pensé que iba a desmayarme antes de empezar. Me había tocado la lotería con el tamaño. Ahora estaba segura de que no se había tirado a Marissa de marketing, porque habría oído rumores *fijo*.

—Yo tampoco te aguanto—. Me bajó las copas del sujetador y empezó a acariciarme los pezones, muy suavemente, y empecé a quedarme sin respiración.

Moví la mano arriba y abajo.

—De hecho, me caes mal —dije con la respiración entrecortada.

Tom sacó mi mano de dentro de sus pantalones. Se los bajó un poco, liberando su erección y *ohdiosmío*, una cosa era palpar y otra ver en directo. Me quedé mirándole con los ojos como platos.

—¿Cuánto de mal? —cogió su enorme polla en la mano y se colocó entre mis piernas. Agarró con la otra mano mis nalgas desnudas y de un solo movimiento me penetró, hasta el fondo—. ¿Así de mal?

Arqueé la espalda y grité, porque no podía hacer otra cosa. Estaba caliente y resbaladiza y

más que preparada, pero aún así era tan grande que de repente sentí como si no pudiese respirar, llena, llena del todo. Me iluminé como un árbol de navidad. No podía cerrar la boca, no podía pensar, no sabía dónde estaba ni quién era.

—Peor —dije, en un gemido, cuando recuperé la capacidad de habla.

—¿Así de mal?—. Salió y volvió a entrar, puntuando la pregunta con una embestida.

Lo hizo unas cuantas veces, y cada vez que entraba y volvía a salir sentía como si hubiese muerto y estuviese en el cielo.

—Sí... sí sí, así... oh dios—. Me agarré a sus hombros para no caerme con la fuerza de sus embestidas—. Ah... qué dura está...

—Lleva dura dos horas, solo por ti...

Puso las manos en mis glúteos y me acercó hacia él a la vez que empujaba, cada vez más fuerte.

Grité, grité todo lo que quise y más. No había nadie en la oficina, era tarde, el edificio estaba vacío, me daba igual todo y grité porque no podía evitarlo.

Perdí lo poco que me queda de control y tiré de los lados de su camisa, los botones saltando por todas partes.

Le mordisqueé y lamí los pezones.

—Eres... ah... —me puso la mano en el pelo y me acercó a él— una estirada...

Cogí una de sus manos y puse dos dedos en mi clítoris, haciendo presión. Pilló la directa y empezó a acariciármelo, haciendo círculos, lo que unido a su polla dentro de mí hizo que casi explotase al instante.

—Y tú... tú vas de gracioso —empecé a ver las estrellas—. Ah, joder joder joder...

—Ah, ¿sí?—. Aumentó la velocidad de sus dedos y echó las caderas hacia delante, penetrándome más fuerte y más deprisa—. Pues ahora no te ríes...

Sentí su polla dura y grande entrar una y otra vez, llenándome, dejándome sin respiración, y entre eso y el movimiento de sus dedos noté que el orgasmo se acerca en oleadas gigantes.

El orgasmo me barrió como una inundación, empecé a temblar y a moverme sin saber muy bien qué estaba haciendo mientras él no paraba, no paraba, seguía follándome fuerte y profundo, por un momento pensé que iba a morir de placer...

—Ah... no puedo más, no puedo más —dije cuando se me pasó y me di cuenta de que seguía con los dedos en mi clítoris.

—Claro que puedes... otro... otro más...—. Pasó la lengua por el exterior de mi oreja y me habló allí, en susurros— piensa en lo mal que te caigo...

Por fin me besó, nos besamos, aunque más que un beso era una lucha de lenguas, de intentar devorarnos mutuamente.

—¿Te gusta cómo te follo?

Salió de dentro de mí y se quedó fuera, con la punta apoyada en la entrada de mi sexo. Estaba en agonía.

—Hasta que no me respondas no sigo... —dijo, con una sonrisa diabólica.

Le clavé las uñas en los bíceps.

—Sigue por favor, sigue...

Me acarició el clítoris con la punta, pero sin volver a entrar.

—Todavía no me has respondido...

Le mato. Le voy a matar.

—Me gusta, me gusta mucho, me encanta... fóllame más por favor más...

Se rió en el hueco de mi cuello y me penetró de nuevo, haciendo círculos con las caderas.

—¡Te detesto! —grité—. ¡Ah ah aaah!—. Puso mis piernas encima de sus hombros y empujó así, conmigo encima de la mesa, completamente abierta para él, entrando más adentro de lo que había entrado nadie, y en un rincón de mi mente pensé cómo iba a volver a tener sexo normal con nadie después de eso. Después de ese huracán. Me penetró una y otra vez, hasta el fondo, y noté que está perdiendo el control, más todavía, si eso era posible—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Se mordió el labio inferior y cerró un poco los ojos mientras movía las caderas, adelante y atrás, a una velocidad de vértigo.

—¡Ah sí sí, joder! —gritó, incoherente—. Joder, me encanta tu coño prieto. Toma mi polla, ¡tómala entera!

Otro orgasmo me asaltó de repente, pillándome desprevenida. Arqué la espalda, me agarré a los bordes del escritorio, donde pude, y en mi delirio me di cuenta de que las embestidas de Tom se habían hecho más fuertes y rápidas, hasta que se quedó quieto dentro de mí, llenándome, y lanzó un grito con la cara enterrada en el hueco de mi cuello. Noté su semen caliente derramándose dentro de mí, como si no fuese a terminar nunca.

* * *

ESTÁBAMOS TIRADOS en el suelo de la sala de reuniones —menos mal que tenía moqueta—, rodeados de prendas de ropa descartadas y rotas —mi tanga destruido, los botones de su camisa — y de algunos papeles que se han caído de la mesa.

No sé cómo habíamos acabado en el suelo, pero allí estábamos, tumbados uno al lado del otro, mirando al techo, respirando con dificultad.

No sé Tom, pero yo lo veía todo de colores, de repente. Como un caleidoscopio.

—¿Qué hemos estado haciendo hasta ahora? —dijo, con la voz ronca supongo que de gritar, como yo.

—El tonto —respondí, con un hilo de voz.

Tenía la garganta seca. Me sentía como si hubiese muerto.

—Perder el tiempo —dijo.

—Totalmente de acuerdo.

Giró la cabeza para mirarme. Tenía el pelo revuelto de haberle pasado los dedos por él, los ojos grises brillantes, cara de estar saciado, los labios enrojecidos de besarle y morderle... dios, qué guapo era, me sorprendí pensando.

—¿Te arrepientes? —le pregunté, no sé por qué. Para asegurarme, supongo.

Me miró como si fuera una extraterrestre.

—¿Estás de broma? Estoy intentando averiguar cuánto tiempo necesito para recuperarme y repetirlo. Siempre que quieras, claro.

Levanté las cejas.

—¿Es que hay alguna duda?

Sonrió lentamente, y de repente ya no me importó —en absoluto— tener que pasar con él todo el fin de semana encerrada en la oficina... o donde fuese.

—Supongo que no.

FIN

* * *

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Trilogía “La fiesta de San Valentín”



No tener pareja el día de San Valentín no era gran cosa, o al menos eso pensaba Maya.
Peor que estar sola era tener que ir a una fiesta de San Valentín en la oficina... la idea más horrible que se le había
ocurrido nunca a nadie.
Pero todavía peor que eso era emborracharse con vino barato, tropezarse con el dueño de la empresa y dar la peor
primera impresión que una podía dar...

¿O no?

Todo lo que pasa en una fiesta de la oficina, se queda en la oficina...

O eso esperaba.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[Ex Luna de Miel](#)



Mi matrimonio había durado exactamente cuatro días. Bueno, cinco, si contaba el día de la boda.

Seguramente haya batido algún récord.

George, mi marido, me había abandonado aquella misma mañana para irse con una mujer que había conocido durante nuestra luna de miel.

Juro que no me lo estoy inventando. Parece increíble, pero allí estaba, en un *resort* de cinco estrellas en Aruba, con once días de luna de miel por delante. Sola.

Rodeada de parejitas felices por todas partes.

Así que decidí emborracharme. ¿Qué otra maldita cosa podía hacer?

Pero lo que no sabía, mientras ahogaba mis penas en *mojitos* en el bar de la playa, era que las sorpresas no habían hecho más que empezar...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE "EL CLUB"

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

[Lláname Amanda](#) (El Club 4)

[No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5)

[La Última Fantasía](#) (El Club 6)

Trilogía 2 El Club (El Club 4, 5 y 6)

Todo El Club: Serie Completa (El Club 1-6)

TRILOGÍA “LA FIESTA DE SAN VALENTÍN”

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

Ex Luna de Miel

El Almacén

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

* * *